

reccion mas conforme á su destino. Ellas son, secundadas por las facultades perceptivas y por los sentimientos, las que nos enseñan á conocer el corazon del hombre, las que nos enseñan tambien cuáles son las circunstancias de su organizacion y de su exterior, que le conducen al bien, ó le arrojan al mal; y por último, son las que nos dan la concepcion de una ley de la actividad humana; ley moral, ley fisiológica.

## CAPITULO II.

### **De la ley moral y de la educacion.**

Nuestra tarea se hace mas y mas difícil, porque en esto no hay antecedentes. Hace mucho tiempo que se ha dicho que es preciso sacar de la fisiología los principios que deben dirigir al hombre en su conducta. No ha mucho que se ha proclamado que la frenología era la encargada de verificar esta revolucion, y sin embargo, queda por demostrar, entre todos los hechos morales, una ley que les sea comun, que los reasuma, y se les imponga como una necesidad fisiológica. Falta á nuestra época una *higiene moral*.

No lo es todo en efecto explorar sábiamente el terreno de la inteligencia humana, levantar el velo del origen de nuestros conocimientos, y relacionar las pasiones á la organizacion y á sus modificadores; este cuadro vivo, animado, poético y real á la vez, de la actividad del organismo, nos instruye, nos ilumina, pero no basta. Cuanto mas bello y mas verdadero es, tanto mas necesita un buen criterio para juzgar, una regla para conducirnos.

Hemos visto en los tres artículos del capítulo precedente, que todas nuestras necesidades son intrinsecamente buenas; nuestras pasiones son las únicas aviesas, porque todas son *necesidades pervertidas* que nos esclavizan. Para que nuestras necesidades se mantengan buenas, es menester que sean todas satisfechas de una manera armónica y dentro de los límites del deber; no siendo así degeneran en *pasiones*. El límite que separa la necesidad de la pasión, el bien del mal, no es mas que una simple línea; y esta línea es la del deber. A derecha é izquierda hay dos abismos, tanto mas peligrosos en cuanto su pendiente es agradable y casi insensible.

Una vez caído en el precipicio, en él se queda el cobarde; pero el hombre brioso se alza y consigue salir. Al caer acredita el hombre su flaqueza; al levantarse atestigua su virtud.

Lo que hemos dicho de cada una de las facultades puede y debe aplicarse á su conjunto. Si todas tienen igualmente el derecho de desarrollarse, ninguna está autorizada para sofocar á otra, ninguna está llamada á defender su dominio, y la armonía debe resultar del desarrollo de cada una y de todas. Si la organizacion fuese perfecta; es decir, si todas las partes estuviesen bien proporcionadas, la direccion de esta actividad seria fácil, y la ley fisiológica ó moral seria la constitucion misma de cada individuo. Pero esto no es así, porque las organizaciones de los hombres difieren hasta lo infinito unas de otras, y en cada hombre las diferentes partes de la organizacion están desigualmente desarrolladas, y por lo mismo las diferentes facultades están distribuidas con desigualdad en cada uno. Estos son hechos de observacion muy anteriores á la frenología; pero que la frenología solo esplica satisfactoriamente: los caracteres varian hasta el infinito, como los talentos, las inclinaciones, las buenas cualidades y los defectos. El hombre no sabria hallar en él solo la ley de su actividad, y por esto está menos autorizado para imponer á los demas la que hubiera creído ser en su sentimiento íntimo. Para convencerse de esta verdad, si su conciencia no le basta, que interroge á su organizacion, y verá en seguida que el desarrollo de su cérebro peca, sea por exceso, sea por defecto. He aquí un medio de disminuir su orgullo y disponerle á recibir consejos; he aquí al mismo tiempo una respuesta á los filósofos que pretenden sacar la ley moral de los fenómenos de la ciencia y de la revelacion de si mismos.

Que el hombre, en vez de cegarse así sobre su propio mérito, estudie á sus semejantes, sus organizaciones y sus actos, alrededor de él y en la historia, y que aprenda á leer en estos cuadros, á reconocer todas las facultades, aun aquellas que le faltan, y los órganos á que están relacionadas. Que se ejercite en apreciar el exceso y el defecto de cada facultad, á apoderarse de su desarrollo en el momento que principie á ser irregular, ó se desvie de su camino primitivo, ó pase el limite y se cambie en abuso, y que relacione cada una de estas maneras de actividad con el modo de organizacion que le corresponde. Entonces y solo entonces conocerá al hombre, comprenderá su ley fisiológica y moral, y esta ley será aceptada por todos los hombres, porque no será un hecho particular, sino

el resultado obtenido por la observación de todos los hechos conocidos; resultado humano y fisiológico.

Esta ley, ya lo hemos dicho, es la *armonía de las funciones*.

Que el hombre obedezca á los impulsos del organismo, que satisfaga sus necesidades, que desarrolle sus facultades; pero que no sacrifique á ninguna; que limite en fin el desarrollo de cada facultad por el de las otras. Por esto con razon dice el fisiólogo al hombre: desarrolla *todas* tus facultades; *todas* decimos y no una ó muchas únicamente; *todas*, á fin de que cada una tenga la parte que le pertenece, y que los *instintos* no opriman á los *sentimientos*, ni estos á la *inteligencia*, ni esta á los unos ni á los otros.

He aquí un principio que proclamamos altamente, porque es la espresion de un gran hecho, porque tiene la autoridad de la historia y la de la organizacion, porque es positivo, simple, inteligible, largo y fecundo, porque nos hiere con la mas brillante de las verdades.

Se vé cuán distante está este principio del egoismo, pues que entre las facultades de que se deriva hay una multitud que están infinitamente por cima de esta esfera instintiva.

¿Puede conciliarse con la moral de abnegacion? ¿Podremos pedir al hombre el sacrificio de su organismo en nombre de una sola facultad?

Toda facultad del hombre, cualquiera que sea, desde la mas inferior hasta la mas elevada, tiende á destruir la organizacion, y conduce á esta destruccion cuando nos entregamos á su desarrollo esclusivo. Si la necesidad que se ha satisfecho á espensas de las demas es de baja escala, si es instintiva, si se trata, por ejemplo, de la generacion ó de la nutricion, y si el hombre sucumbe á la glotoneria ó al libertinaje, este sacrificio, debido á un goce puramente sensual, tiene algo de ignominioso. Si la necesidad dominante, causa de la destruccion, está mas elevada en la escala de las facultades humanas, tiene el hombre mas escusa cuando se deja arrastrar por ella. Pero cuando hemos cedido á la exigencia de una facultad superior, como la *benevolencia*, la *justicia* etc., este sacrificio de la vida es entonces una abnegacion noble. En todos casos, hemos obedecido á un impulso enérgico de nuestra organizacion; pero primero hemos hecho prueba del instinto ciego, de la animalidad; en el último nos hemos mostrado ser moral é inteligente en grado supremo.

Suponed la armonía perfecta en nosotros y fuera de nosotros, y

no hay lugar á la abnegacion; pero en el estado de imperfeccion de la sociedad actual, la abnegacion es alguna vez el único camino abierto al hombre que no quiere faltar á sus nobles facultades. Cuando el hombre se ve en la necesidad, para conservar la vida, de faltar á alguna de las necesidades morales que hemos espuesto, llama á todas sus facultades, y en este caso, como en todos los otros, nada debe hacer que sea reprehensible á los ojos de la razon y de su conciencia; y debe obedecer á las órdenes espresas de lo que hay mas esclarecido y mas moral: si es preciso un sacrificio, que este sacrificio se cumpla.

Tales son nuestros principios; son fáciles de comprender; pero ¿cuán difíciles son de realizar en su aplicacion? En este punto nuestra ciencia, tan altiva siempre, confiesa las dificultades de su marcha á través de los innumerables obstáculos producidos por la diversidad misma de las organizaciones humanas, y de la irregularidad de la accion de los modificadores. Proclamad esta ley fisiológica y moral de la armonia de las funciones, y se os entenderá de distinto modo por los mismos á quienes os dirijis; pero sereis entendido por todos, á menos que os dirijais á una organizacion tan incompleta que tenga por resultado el idiotismo. Basta para esto que la cabeza tenga menos de 18 pulgadas de circunferencia. La justicia humana absuelve al idiota. A menos tambien que el cérebro esté enfermo, porque sabemos que las alteraciones de este órgano conducen á las alienaciones mentales, y que el edema, ó infiltracion del cérebro, causa tambien la estupidez en algunos locos y probablemente en todos los hombres.

Fuera de estas condiciones, todo hombre es capaz de comprender nuestra ley fisiológica. Lo importante es conocer el carácter de cada organizacion para adoptar el modo de enseñar mas ventajoso.

Saquemos nuestros principios de la observacion de los hechos. La observacion nos prueba que, en el cérebro humano, las masas consagradas á los instintos, á las inclinaciones, á las necesidades mas apremiantes de la vida, tienen un enorme volumen y llevan ventaja con mucho á las demas; que las destinadas á la inteligencia material ó instintiva vienen en seguida con las que son propias de los sentimientos mas escéncricos; mientras que aquellas de la inteligencia superior, ó de la reflexion, presentan muy poco volumen. En confirmacion de este gran hecho general vienen los hechos particulares, que nos demuestran que, en la distribucion irregular de estas diferentes masas en los diferentes individuos, lo que se ve

predominar en una inmensa mayoría, aun mas allá de las proporciones que hemos establecido, son las masas instintivas é intelectuales inferiores; que en un número bastante grande de hombres, los sentimientos tienen cierta preponderancia; pero que un pequeño número de elegidos gozan solamente de un gran desarrollo de los órganos de la alta razon. De estos hechos incontestables, resulta, como consecuencia rigórosa, que entre los hombres, las masas obedecen á los impulsos instintivos; cierto número solamente á las masas intelectuales y morales, y muy pocos á la razon superior, y que por consiguiente la enseñanza moral, para ser verdaderamente útil, debe dirigirse aun mas á los instintos, á las afecciones y á los sentimientos, que á la razon; ó, mas bien, que no debe llegarse á ella sino por estos intermediarios, y por los conocimientos positivos.

En otros términos: si quereis moralizar al hombre, dadle desde luego el conocimiento de la naturaleza y de los objetos que le bienen, y enseñadle á servirse de ellos; despues mostradle el verdadero objeto de sus necesidades, de sus afecciones y de sus sentimientos; el mal que resulta siempre de su direccion viciosa, y el bien que sigue infaliblemente á su desarrollo armónico. Entonces solamente os esforzareis en elevarle hasta las mas altas concepciones de la inteligencia; pero no esperemos ser comprendidos por la multitud. La masas sienten mejor que comprenden, y los buenos hábitos son de seguro mejores garantias de moralidad entre ellas que los mas sublimes principios. El hombre, en efecto, y esto es una consecuencia inevitable de su organizacion, es arrastrado á la accion mucho mas por lo que hay en él de instintivo y ciego, que por lo que en él se encuentra de intelectual y esclarecido, y su inteligencia entra por mucho menos de lo que se cree generalmente, tanto en sus buenas como en sus malas acciones. Cuando hace mal es las mas veces por ignorancia, por falta de reflexión, ó por pasion, que por propósito deliberado y con conocimiento de causa; y es sin duda la primera victima de una mala tendencia, ó de una influencia funesta; porque el hombre de lo que mas ignorante está generalmente es de sus inclinaciones, de sus cualidades, de sus defectos, de sus virtudes y de sus vicios; es decir, de su organizacion. Hacedle conocer esta organizacion con las funciones á ella unidas, asi como las causas que le conducen á la accion, y habreis dado un gran paso hácia su mejora moral; porque la primera condicion para que el hombre se corrija es la de haber adquirido la conviccion, no solamente de que ha hecho mal, que está dispuesto á lo mismo, sino tambien las circuns-

tancias que le han conducido á esta ó á la otra determinacion. Entonces le queda solo el combatir contra una disposicion conocida, incontestable, que todos los sofismas del amor propio no pueden desvanecer, y contra los modificadores de los cuales puede destruir á unos y separar á otros.

Pero es necesario no quedarse en esto; es preciso dirigir al hombre en esta guerra que va á hacer á sus inclinaciones, á sus estímulos propios, y esto es lo que entendemos por *educacion*. Su resultado está fundado sobre el gran hecho fisiológico de que la actividad del hombre está en relacion, no solamente con su organismo, sino que tambien con sus modificadores. A fuerza de desarrollarse nuestros órganos, acaba nuestra actividad por aumentarles el volúmen; pero produce grandes resultados mucho tiempo antes que este efecto material aparezca, ó al menos que sea sensible á nuestra vista.

Conocemos la influencia del mundo exterior sobre el hombre; la de las circunstancias en medio de las que vive; sabemos por numerosos hechos estadísticos *que el hombre es tanto el producto de su atmósfera física y moral como de su organizacion*; hagamos obrar estas influencias de modo que dirigiéndose á las facultades dominantes, conduzcan su desarrollo hácia el objeto que deseamos. Bastantes ejemplos hemos presentado de esta útil táctica para citarlos de nuevo. Así conseguiremos cuanto querramos. Todas las facultades son buenas, útiles, indispensables, como ya hemos dicho. Cualesquiera que sean las que predominen, sirvámonos de ellas como de una palanca poderosa para obtener la mayor suma posible de resultados.

Vemos hasta dónde avanza la fisiología: abraza la teoría de los instintos, de las afecciones, de las pasiones, de los sentimientos morales, y comprende la ideología y hasta la metafísica, ó bien, da á estos ramos de nuestros conocimientos bases sólidas, y los transforma en ciencias naturales; es decir, en ciencias que como la astronomía, la física etc., observan los hechos sensibles, notan su sucesion regular en medio de irregularidades aparentes, y deduce de esta generacion de causas y de efectos las condiciones de su manifestacion y la ley de su existencia.

Esta ley es la que imponemos al hombre como superior á cada individuo, pues que resulta de la observacion de todos.

En resumen:

1.º El hombre está dotado de una organizacion que, como instrumento del alma, entra en accion bajo la influencia de una infi-

aidad de agentes que hacen impresion sobre ella, y que se llaman modificadores.

2.º Para conocer al hombre á fondo es preciso conocer: 1.º, su organizacion; 2.º, el modo de accion de estos modificadores.

3.º De la relacion de la organizacion con sus modificadores resultan las necesidades que se han dividido, segun su objeto, en *instintivas, morales é intelectuales*.

4.º Lo mismo que todos los hombres tienen los mismos órganos, tienen las mismas necesidades primordiales; pero estas últimas difieren en sus manifestaciones como difieren las organizaciones.

5.º En todos los hombres, tal como se nos presentan, predominan ya las necesidades *instintivas*, ya las *morales*, ó ya las *intelectuales*, ó ya una ó muchas de una ú otra de estas tres categorías; y y este predominio se encuentra en la organizacion.

6.º No se encuentra ninguna organizacion perfecta, como tampoco ningun hombre perfecto.

7.º Entre las necesidades de los hombres, las unas les son comunes con los animales mas inferiores; otras les son superiores, y otras les son exclusivas.

8.º Cuando el hombre cede mas á las facultades elevadas, mas se eleva él, y vice-versa.

9.º La ley de la actividad de estas facultades no es mas que la expresion reasumida de su historia natural.

10. Todas las facultades, por el solo hecho de existir, tienen derecho á ello, y por consiguiente á desarrollarse, y el hombre está llamado, por su organizacion, á satisfacer todas sus necesidades.

11. El derecho de cada facultad es el de desarrollarse; y su deber es el de respetar el desarrollo de las demas.

12. Ninguna facultad debe dominar, ni mucho menos aniquilar á las demas; pero las facultades intelectuales están encargadas de ilustrar y dirigir á las instintivas y á las morales, que no saben escoger; de donde nace el libre alvedrio.

13. El solo limite legitimo del desarrollo de una facultad es la existencia de las demas.

14. De este deber de cada facultad de respetar á las demas, resulta *la ley armónica de las funciones*.

15. Cuando, por efecto de una circunstancia cualquiera, el hombre no ha podido desarrollar igualmente todas sus facultades, no debe ceder á una á espensas de las otras; debe consultarlas á todas y será tanto mas moral, cuanto haya obedecido á las mas elevadas.

16. La educacion, pues, del hombre consiste en dirigir la accion de los modificadores de la organizacion de modo: 1.º, que se desarrollen las facultades y por consiguiente los órganos que pecan por defecto; 2.º, que se debiliten los órganos y las facultades que pecan por el exceso contrario.

17. Esta educacion tiene por último resultado: **EL MAYOR DESARROLLO POSIBLE DE LA ACTIVIDAD HUMANA EN TODAS LAS DIRECCIONES QUE LE ES PERMITIDO RECORRER.**